



para conver-  
del progreso al-  
de Mantoloba,  
el arado junto  
delaciones su-  
mencata, fur-  
estes últimos  
re, usado en  
con proclamas  
alanzarela,  
a un fondo  
eta exposi-  
su lderas.  
internacio-  
si termi-  
ue es ex-  
arbc, y la  
en recuer-  
que fueran  
ca, está a  
na la ad-

Santa Cruz de Olorde. Tíñese el hori-  
zonte ponentino de tonos cárdenos y  
violáceos. Del mar soñoliento alzanse  
ca tropel las sombras vespertinas,  
avanzando lentamente sobre el puerto  
y la ciudad. Arriba, en la bóveda co-  
leste, apuntan las primeras estrellas;  
abajo, en las dársenas y en el extenso  
caserío, comienzan a encenderse las ti-  
tilantes lucecillas del alumbrado, que  
se multiplican con rapidez maravillosa.  
Diríase que el manto estrellado de la  
noche ha descendido sobre la metrópoli  
catalana para abrirla dulcemente o  
inducirla a un descanso reparador. Sa-  
cude el ejército de chimeneas los últi-

mos borbotones de sus penachos de hu-  
ño; muere el trajín trepitante de los  
vastos muelles; cesan los ecos fabriles  
y manufactureros; apágase el estridon-  
te ruido del tránsito industrial, y la  
ciudad, tórnase noctámbula, cobra un  
aspecto de fiesta, de alegría, de gozo  
inefable, bajo un torrente de luz eléc-  
trica.

Cafés y cines, teatros y conciertos,  
llénanse a rebotar de una concurrencia  
discreta y elegante, ávida de olvidar  
los cotidianos quehaceres, y de solazar  
el espíritu con las refinadas manifesta-  
ciones del arte de la pluma y del pentá-  
grama.

rroviario empalma como nada lo síde-  
reco a lo terrenal.

Pero en los serenos se llega aún más  
a la telescópica relación del corazón  
del hombre y el corazón del piélago de  
la noche.

Hay serenos que cantan la hora de  
un modo tan conmovedor que son es-  
mo campana de las esferas, como tin-  
bre de la infinita soledad.

El sereno del pueblo de Rincón es el  
sereno más célebre de España.

Yo le he oído lanzar su nota supra-  
ma en medio de la noche profunda de  
Castilla pelada de gallos.

Estaba de huésped en Hercilla, el  
pueblo de al lado a Rincón, y salíme  
en la noche sigilosos e inquietos como  
cazadores de pájaros aprovechando los  
espejos y las aguas.

Ibamos a oír al célebre sereno que  
era como elemento o cuco del reloj in-  
menso de la noche. Toda la noche por  
eso se nos hizo imaginaria del inmenso  
reloj y al andar por ella nos parecía  
pasar por entre sus ruedas como cuan-  
do al subir a las torres de las catedra-  
les pasamos por el piso del reloj.

Eran las doce menos cuarto cuando  
entramos en Rincón. Varias veces ha-  
bíamos mirado al reloj para no llegar  
mucho antes o mucho después del pun-  
to de una hora.

Ibamos a oír el do de pecho de la  
noche que no sé por qué fijábamos en  
la hora meridiana de su negrura.

El sereno, encapotado y con el far-  
rol alumbrando muy en lo bajo la cue-  
va de la noche, se nos apareció al fin.  
Faltaban pocos minutos para que pro-  
clamase la hora.

Nos replegamos en unos soportales  
y esperamos la regurgitación de la  
hora.

El valeroso sereno marcó mucho el

De Ramón Gómez de la Serna

# NUEVOS CAPRICHOS

Al que le sonaba el dinero—

Tenía la costumbre de sonar el di-  
nero en el fondo del bolsillo del pan-  
talón.

Le gustaba ir dejando detrás de sí,  
como eco de padrino rumboso, el tinti-  
neo del dinero.

En las lozas de la calle iban cayén-  
dose discos amonedados que no podía  
recoger nadie.

En aquel alarde, en aquella mala cos-  
tumbre se sospechaba que iba a estri-  
bar la perdición de aquel hombre.

En efecto, una noche volvía a su  
casa con su rodorín de dinero.

En la calle solitaria y ya sin que-  
rer sonaban sus monedas cascabeleras.

Los ladrones, que tienen prendido  
en la noche su oído sutil, escucharon  
el ruido de dinero y acudieron al re-  
clamo.

Dos puñaladas por la espalda le die-  
ron, y total, para nada, pues era una  
noche en que volvía sin un centavo y  
las que sonaban eran dos perras gor-  
das recalcitrantes y escandalosas.

El sereno monumental—

Hay mozos de estación de esos que  
cantan el nombre del pueblo al que  
se iba de llegar el tren que son el pas-  
mo de la noche.

Ha habido viajeros que han podido  
notar el fenómeno y lo propagan:

—Cuando pase por Aleudo — dicen  
— no deje de prestar atención al que  
canta el nombre de Aleudo y añado.  
«¡Un minuto de parada!».

En la noche profunda de las estacio-  
nes en que se agudiza la relación de  
los seres y las estrellas, esa melopeya  
melancólica y nostálgica del factor fe-

GUERO: EL FLIRT